

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

DOMINGO DE PASCUA (20 de abril 2014)

La fiesta de la Pascua es la fiesta de la vida. Nuestra fe solo tiene sentido a la luz de esta noche de la VIDA. No debemos buscar en los sepulcros al que HA RESUCITADO y vive para siempre. La tumba vacía ha dado paso al encuentro gozoso con el Señor resucitado.

Aún hoy hay muchos sepulcros cerrados en los que los rayos de la luz pascual no han entrado. ¡Abramos las losas de la opresión; rompamos las piedras de la injusticia; liberemos las cadenas de la pobreza! ES LA PASCUA. ¡Cristo ha resucitado! ¡EN CRISTO HEMOS RESUCITADO!

1

VER

«*Dios me quiere*», así se lo decía María a un obispo no hace muchos días. Esa es la gran afirmación del cristianismo. Y me pregunto por qué, un día, no sé en qué siglo, lo olvidamos y comenzamos a anunciar a un Dios de las normas, del castigo y del miedo. ¡Qué lejos de él!

María, una chavala de Ciudad Real, a la que conozco desde hace unos años lo afirmaba con toda la sencillez. «*Dios nos mira y nos quiere, no importa lo demás, nos quiere*». Ella, desde muy jovencita forma parte de la JOC. Poco a poco, como pasan los días y los años, y la vida, ha ido descubriendo esta gran verdad.

Junto a sus amigos y compañeros de la JOC ha pasado largas tardes en La Granja, un barrio marginal de Ciudad Real. No es su barrio, pero ha ido allí muchas tardes, para estar con los chavales que allí viven. Para estar con ellos, para escucharles, para ayudarles, para anunciarles a Jesús... y es desde ahí, desde esa experiencia, que se atreve a decir lo que dice. Dios nos quiere. Eso fue lo que hizo Jesús de Nazaret.

María no atraviesa el mejor momento de su vida, así me lo dice, pero es fiel y permanece en lo que ha descubierto. Dios siempre es más profundo que nuestros sentimientos y sensaciones. Más profundo que todos los dogmas. Es la verdad y el amor. Han pasado unos días desde aquel y cuando rezo por la mañana recuerdo aquel momento. Recuerdo las palabras de Jesús: «*Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos las cosas que ocultaste a los sabios y entendidos. Sí, Padre, porque así lo has querido*» (Lc 10,21). ¿Cuándo lo aprenderemos?»

«*Jesús resucitado, tenías razón. Ahora sabemos que Dios es amigo de la vida. Ahora empezamos a entender mejor tu pasión por una vida más sana, justa y dichosa para todos. Ahora comprendemos por qué anteponeías la salud de los enfermos a cualquier norma o tradición religiosa. Siguiendo tus pasos, viviremos curando la vida y aliviando el sufrimiento. Pondremos siempre la religión al servicio de las personas.*

Jesús resucitado, tenías razón. Ahora sabemos que Dios hace justicia a las víctimas inocentes: hace triunfar la vida sobre la muerte, el bien sobre el mal, la verdad sobre la mentira, el



amor sobre el odio. Seguiremos luchando contra el mal, la mentira y el odio. Buscaremos siempre el reino de ese Dios y su justicia. Sabemos que es lo primero que el Padre quiere de nosotros.

*Jesús resucitado, tenías razón. **Ahora sabemos que Dios se identifica con los crucificados, nunca con los verdugos.** Empezamos a entender por qué estabas siempre con los dolientes y por qué defendías tanto a los pobres, los hambrientos y despreciados. Defenderemos a los más débiles y vulnerables, a los maltratados por la sociedad y olvidados por la religión. En adelante, escucharemos mejor tu llamada a ser compasivos como el Padre del cielo». (J.A. Pagola).*

ESCUCHAR

EVANGELIO (Mt 28,1-10)

¹ En la madrugada del sábado, al alborar el primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. ² Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. ³ Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; ⁴ los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. ⁵ El ángel habló a las mujeres: «Vosotras, no temáis; ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. ⁶ No está aquí. Ha resucitado, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía ⁷ e id aprisa a decir a sus discípulos: “Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis.” Mirad, os lo he anunciado». ⁸ Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro; impresionadas y llenas de alegría, corrieron a anunciarlo a los discípulos. ⁹ De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «Alegraos». Ellas se acercaron, se postraron ante él y le abrazaron los pies. ¹⁰ Jesús les dijo: «No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán».

MEDITAR

Nadie fue testigo del acontecimiento de la resurrección. Nadie lo vio. Por eso, los evangelios nos han “relatado” este hecho a través de dos experiencias indirectas: el descubrimiento de la tumba vacía y las apariciones del resucitado. El evangelio que escucharemos en la noche de la Pascua (Vigilia pascual) recoge ambas experiencias. Dos mujeres y unos centinelas, estos no directamente, fueron las primeras testigos de la resurrección.

La presencia de María Magdalena y la otra María junto al sepulcro sirve de nexo de unión con los acontecimientos de la pasión y muerte de Jesús, que acaban de ser narrados. Ellas, junto a otras mujeres, habían asistido a la trágica muerte del Maestro. Ahora caminan hacia el sepulcro. No sabemos su intención, pero podemos pensar que, movidas por el recuerdo y el dolor de la pérdida, quieren acercarse, una vez más, a su Señor. No deja de ser sorprendente cada vez que nos acercamos a los evangelios de la pascua, el hecho de que sean siempre las mujeres, y entre ellas María Magdalena, quienes tienen la primera experiencia pascual. Sorprendente porque, en la sociedad en que vivían, el testimonio de la mujer no tenía importancia; sorprendente porque, siendo Pedro y los otros discípulos los que habían estado más cerca de Jesús, no son los primeros destinatarios de la alegría pascual; sorprendente porque, a pesar del aparente fracaso, aún mantienen la esperanza de que se cumpla lo que Jesús había anunciado.

La descripción del acontecimiento que contemplan las mujeres (y los centinelas) sirve para manifestar la importancia del evento que ha ocurrido: es la señal de la presencia de Dios. Se trata de un relato “teofánico” (manifestación de Dios). No significa que la intervención del ángel que abre el sepulcro sea el “momento” de la resurrección. El motivo de esta presencia sirve para remarcar que el sepulcro realmente está vacío, luego el Señor no está, y que ha sido la intervención de Dios la que ha obrado el hecho. El triunfo de Dios se ha manifestado en la resurrección.

«No tengáis miedo» se repite dos veces en el relato. Primero es el ángel quien lo dice; después es el propio Jesús. La visión de los acontecimientos que se desarrollan en torno al sepulcro provocan el temor en las mujeres: la tierra que tiembla, el ángel que baja del cielo, la piedra que es apartada, los centinelas... Sin embargo, lo que aquellas contemplan ha de llenarlas de alegría y no de temor. La presencia de Jesús vivo es la gran noticia que esperaban. No hay motivos para el miedo.

A veces las dificultades, los problemas, la oposición de los “grandes de este mundo”, provocan en nosotros desconcierto, desánimo, temor. Nuestras fuerzas no soportan más. Pero entonces escuchamos las palabras del resucitado: «No tengáis miedo», yo estoy a vuestro lado.

3

Un dato importante que los cuatro evangelios insisten en resaltar es la identidad del resucitado con el crucificado. Es el mismo Jesús, aquel al que miraron colgado de la cruz, el que ha resucitado y ya no está en el sepulcro. Esta afirmación fue muy importante en la fe de las primeras comunidades. Era Jesús, al que habían acompañado, con el que habían recorrido los caminos, con quien habían compartido la mesa, a quien habían escuchado proclamando el reinado de la misericordia de Dios, al que habían visto acercarse a los pobres, tocar a los leprosos, perdonar a los pecadores, el que se enfrentó a los poderes del pueblo... era el que ahora había resucitado para siempre. Nada de lo que experimentaron con Él se había perdido.

La expresión «ha resucitado» traduce lo que técnicamente se denomina “*pasivo divino*”: es Dios quien ha llevado a cabo la obra de la resurrección, Jesús «ha sido resucitado» por Dios. De este modo se pone de manifiesto que Dios no ha abandonado al Hijo amado (Mt 27,46). Al contrario, toda la vida del crucificado alcanza su plenitud porque ha sido resucitado por Dios. Todo lo que había hecho Jesús, lo que habían compartido con Él, su pasión por Dios y por los hombres, en especial por los últimos y excluidos, ha sido validado por Dios: ¡sí, ha tenido sentido una vida partida y repartida por los demás! La cruz no ha sido el patíbulo del fracaso, sino el árbol de la vida resucitada por Dios.

No podemos olvidar que esa vida es a la que nosotros estamos llamados. Conocer a Jesús, seguirle, optar por Él, abrazarnos a su pasión por el reino, tiene sentido, porque Dios lo ha hecho posible. «*Concédenos como a todos nuestros hermanos de trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti*».

Dos veces aparece, también, la referencia a Galilea: «*allí lo veréis*». Solamente Mateo y Juan relatan apariciones de Jesús en Galilea. En Mateo, tanto desde el punto de vista literario como teológico, tiene una relevancia especial. Jesús inició su actividad, el anuncio del reinado de Dios, en la «*Galilea de los gentiles*» (Mt 4,15), y termina el evangelio con el envío de los apóstoles a anunciar la buena noticia, también en Galilea. Allí es donde el Señor luchó por el Reino y allí es donde la experiencia de encontrarse con Él pondrá en marcha el seguimiento de su persona. El camino ha sido marcado y ahora ellos son los encargados de continuarlo.

Galilea era la región abandonada, pobre y pagana que habitaba en tinieblas. Por eso, es muy importante que Jesús quiera encontrarse con los discípulos allí. Para experimentar el encuentro vivo con el resucitado hay que ir a la región olvidada, hay que salir a los márgenes de la sociedad, a las periferias de las ciudades, a las víctimas del sistema (Mt 25,31-46).

¿Dónde está la «*Galilea*» a la que el Señor me ha convocado, en la que quiere que me encuentre con Él?

«Para que podamos conocerle más y mejor, el Señor está constantemente presente entre nosotros de tres maneras:

1ª. En la Eucaristía, en la que revivimos el misterio bautismal. Pero no podemos olvidar que la Comunión se nos da para la comunión; yo y el “otro” nos hacemos uno con Cristo, por consiguiente, yo y el “otro” nos hacemos uno.

2ª. Por la Gracia en sus múltiples manifestaciones, todas ellas como continuación (o preparación) del misterio bautismal. La Gracia hace posible lo imposible: hace que la Vida Trinitaria sea mi propia vida.

3ª. En los “otros”. Cristo está en los “otros”. Para com-padecerles en sus aflicciones y para com-partir sus alegrías honestas. Aún hay más: está en los “otros” para que, a través de ellos, me llegue Su Amor y Su Enseñanza» (G. Rovirosa, O.C., tomo II, 116).

CONTEMPLAR

CREEMOS EN CRISTO RESUCITADO

Puesto que Cristo ha resucitado,
creemos en la vida,
¡para siempre!

Puesto que Cristo ha resucitado,
no creemos en la muerte,
¡en ninguna muerte,
para nadie que quiera vivir!

Puesto que Cristo ha resucitado,
creemos que el hombre es un proceso
ilimitado,
y que nada de cuanto podamos imaginar
es demasiado grande para él.

Puesto que Cristo ha resucitado,
creemos en Él.

Puesto que Cristo ha resucitado,
la fuerza del presente es el futuro.

Puesto que Cristo ha resucitado,
el mundo está en marcha
y no lo detendrán las conquistas logradas
ni los intereses de los vencedores.

Puesto que Cristo ha resucitado,
estamos en la revolución permanente
y es preciso cambiar el mundo
desde sus cimientos.

Puesto que Cristo ha resucitado,
hay que construir la ciudad sin clases,
donde el hombre no sea lobo para el hombre
sino compañero y hermano.

Puesto que Cristo ha resucitado,

hay un amor y una casa; para todos!

Puesto que Cristo ha resucitado,
creemos en una Tierra Nueva.

Y porque creemos y esperamos,
no tenemos nada que conservar;
y afirmamos que el mejor modo de
conseguirlo todo
es perderlo todo
por una sola cosa.

Loidi, P.

